

TROTSKY POR PETER WEISS

Estrenada recientemente en Dusseldorf, la obra de Peter Weiss «Trotsky en el exilio» ha producido ya apasionadas polémicas en torno a su tema político. Lo que para los más ortodoxos de los comunistas aparece como trotskysta, para los trotskystas resulta ofensivo y difícil. Con carácter de documento informativo ofrecemos a nuestros lectores una de las escenas clave de la obra, la que Peter Weiss titula «El testamento», y una buena parte del prólogo escrito por Alfonso Sastre, autor, con Sorozábal Serrano, de la versión castellana. Debemos esta publicación a la cortesía de Ediciones Grijalbo, Sociedad Anónima.

TROTSKY-WEISS

por
ALFONSO SASTRE

He aquí la (por ahora) última obra de Peter Weiss: "Trotsky en el exilio". La escribió, nos dice, desde noviembre de 1968 a junio de 1969. Terminamos nuestra versión a principios de este mes de septiembre, cuando todavía la obra es, diríamos volviendo del revés un conocido tópico, mundialmente desconocida (...). Esta obra puede ser objeto de apasionadas discusiones y hasta, quizá, de ácidas polémicas: Trotsky, tema espinoso todavía, no dejará de serlo, seguramente, por mucho tiempo aún... Nicolás Krasso (*) ha expresado la complejidad del problema en estos términos: "El anatema lanzado por Stalin hizo de su nombre el sinónimo de la tradición para millones de militantes del mundo entero. En la otra vertiente de la opinión, una minoría devota y aislada se entregaba a la santificación de su recuerdo y se complacía en reconocer en su pensamiento el leninismo

de nuestro tiempo. En fin, treinta años después de su muerte y un decenio después de la de Stalin, el tabú obnubila aún cualquier discusión libre sobre Trotsky en el interior del movimiento comunista". Así es: tema vidrioso, complicado, casi prohibido por la "magia" dogmática.

Pero, ¿es Trotsky realmente el tema clave de la pieza? ¿Lo fue Marat el de su otra famosísima obra? En ambas asistimos, desde luego, al calvario o a la Pasión, en términos cristológicos, de un revolucionario, y en ambas se consuma, espantosamente, su muerte: "asesinato", en un caso, y, según la expresión de Weiss (cuya ironía implica, creemos, una importante matización), "ejecución", en otro. Pero lo que verdaderamente hay, además de Marat y Trotsky, en una y otra obra, ¿no es algo que vive y funciona extramuros de cualquier anécdota: un gran debate sobre la Revolución? De ser así —y así lo creemos—, el título de esta obra, Trotsky en el exilio, puede llamar a engaño, apuntado objetivamente a un tema

más reducido que el que, de hecho, en ella se refleja. Tal es también la opinión de mi colaborador en este trabajo: Sorozábal Serrano.

Pues, fundamentalmente, no se ha tratado aquí, según nuestro entendimiento de la pieza y el contexto de la obra de Weiss, de contar las hazañas y desventuras de Trotsky, o de entonar un llanto (trágico) o "réquiem por la muerte del héroe", o de reivindicar su figura con intención polémica frente a sus detractores, o de —en un grado más fuerte— formular una acusación "trotskysta" frente a la burocracia estalinista y sus secuelas, etcétera: visiones "locales" de la obra que nos parecerían, de producirse, tan inexactas como cualesquiera otras de tipo falsamente general (o metafísico) que entenderían la obra como una ilustración teatral de ideologías o "análisis" de este tipo: ¡el exilio y la muerte violenta, la calumnia y el fango son el destino ineludible del revolucionario "puro"! (Entre otras cosas, el "Trotsky" de Weiss está dibujado sin muchas "contemplaciones": oscilante, contradictorio; ya radicalísimo, ya ambiguo "táctico"; humanista, rígido...) O bien: ¡habrá que entonar un canto fúnebre por la revolución perdida ("traicionada": Trotsky) o, peor aún, por la revolución imposible: por la imposibilidad de la Revolución!

Habría que decir a tales posibles "entendimientos" de esta obra que ni aquella "localización" en la figura de Trotsky ni esta falsa generación constituyen el corazón de la pieza. Frente a la hipótesis de una obra trotskysta o meramente "trotskóloga", he aquí la obra que se muestra a sí misma en el formato de un gran mural, "a la mejicana", escrita con tintas duras y "objetivas" —¡que resultan, cómo no, muchas veces crueles!—, como correspon-

de a su inserción en la línea del "teatro-documento" que el propio Weiss ha explicado en sus "Catorce tesis" sobre esta modalidad teatral, y esta documentación, teatralmente formalizada siguiendo determinado hilo conductor, a veces, quizá, demasiado grueso (la tragedia de Trotsky), se refiere al cuadro general, al grandioso proceso de la Revolución de Octubre, cuyo rojo resplandor es el luminoso fondo de la obra, como elocuente paradigma de los problemas que presupone y acarrea la transformación revolucionaria, socialista del mundo: he aquí, al rojo vivo, los términos de un debate no imaginario, sino histórico: limitado a la Historia... Documentación que trata de ser objetiva, equilibrada —ya que no exhaustiva: estamos en el teatro—, sin piedad en el reflejo de los problemas reales: caiga quien caiga, parece decir Weiss, para que la verdad se alce. Tal es, creemos, la actitud propia de un escritor revolucionario: se trata de agarrar al toro por los cuernos. ¿Y no es la verdad el alma de la revolución? Y allí donde se traiciona la verdad, ¿no se traiciona la revolución? La verdad es revolucionaria, se ha dicho muchas veces.

Aplaudimos, pues, a Peter Weiss, también en esta ocasión, aunque —no expertos en la historia de la Revolución Soviética— pensamos que puedan producirse, quizá, fundadas críticas sobre algún que otro punto y, por tanto, sobre algunos términos del debate. No es muy aventurado decir que, entre las fuentes de Weiss, ha debido ocupar un lugar importante la monumental obra biográfica de Isaac Deutscher, pero ignoramos la medida en que ha contrastado las diversas fuentes y la cantidad y calidad de las consultadas para su trabajo, que a nosotros nos parece, sinceramente, serio (...). ■ A. S.

(*) «Le marxisme de Trotsky», Les Temps Modernes, junio-julio 1969. Tomado de la New Left Review. Primer artículo de la polémica con Ernest Mandel «sobre la validez de los límites del marxismo de Trotsky», que se está recogiendo en la citada revista francesa.



La escena se sitúa al final de la obra. Es la continuación de otra en la que se ha producido el primer atentado grave en Méjico contra Trotsky. Fue autor de ese atentado el pintor Siqueiros. El diálogo está sostenido principalmente por André Breton y Diego Rivera. Frank Jacson era el nombre supuesto de Ramón Mercader, que asesinaría finalmente a Trotsky. Para aproximarse a él contrajo matrimonio con Sylvia Ageloff, secretaria del revolucionario.

EL TESTAMENTO DE TROTSKY

por
PETER WEISS

(En la casa de Diego Rivera, en Méjico, donde vive Trotsky. Instantes después de un atentado fallido).

Entran ALFRED ROSMER, SYLVIA AGELOFF, FRANK JACSON, JOSEPH HANSEN, HAROLD ROBINS, dos policías mejicanos y el coronel SALAZAR, jefe de la policía secreta mejicana.

TROTSKY y NATALIA SEDOVA se levantan.

SALAZAR.—¿No está usted herido?

TROTSKY se palpa el cuerpo. Ríe. Se pone la camisa. Los amigos y colaboradores de TROTSKY se ocupan de NATALIA SEDOVA.

También ella está ilesa. Ponen la mesa boca arriba. El receptor de radio caído en el suelo es retirado. También es retirado el sofá. HAROLD ROBINS pone en orden los papeles, los libros y los objetos de escritorio encima de la mesa. Los policías registran la habitación en busca de los impactos de los disparos.

FRANK JACSON.—Eran más de veinte hombres. Con uniforme de la policía. Han cogido por sorpresa a los centinelas. Les han amordazado, atado.

TROTSKY.—¿Cómo entraron? ¿Saltando el muro? ¿Por los cables cargados de electricidad? ¿Por qué no funcionó la señal de alarma?

F. J.—Sheldon les abrió la puerta. El estaba con los centinelas.

S.—¿Dónde está ese Sheldon?

F. J.—Se lo han llevado con ellos.

S.—¿Cree usted que estaba en combinación con esa gente?

T.—¿Sheldon Harte? Imposible. Si hubiera querido asesinarme no hubiese necesitado veinte ayudantes. Sólo un puñal.

S.—¿Y los otros vecinos?

T.—Esta es Sylvia Ageloff, una camarada americana. Frank Jacson, su amigo. Este es mi secretario, Harold Robins. Joseph Hansen, Alfred Rosmer, íntimos colaboradores desde hace muchos años.

S.—Los atacantes tenían conocimiento exacto de las habitaciones. Se refugiaron detrás de los árboles del patio. Dispararon con-

TROTSKY

Leib Davidovich Bronstein, llamado Trotsky, judío ucraniano, nació en 1879. A los veintidós años fue detenido por primera vez, acusado de actividades revolucionarias y enviado a Siberia. Consiguió escapar. Huyó a Londres, donde encontró a Lenin, en 1902. Se consideró como «socialista independiente» y, como tal, intentó una reconciliación entre los bolcheviques y los mencheviques. En febrero de 1905 regresó a Rusia, organizó el primer «soviet» en la capital, fue de nuevo detenido y enviado a Siberia. De nuevo en fuga, pasó varios años viajando por Europa Central, de centro revolucionario en centro revolucionario, conspirando incesantemente. Estaba en Nueva York en 1917 cuando estalló la revolución de febrero; regresó inmediatamente a su país, participó en la revolución de octubre y fue nombrado comisario de Asuntos Exteriores. Al estallar la guerra civil fue nombrado comisario para la Guerra y creó el Ejército Rojo. Durante la enfermedad de Lenin fue gradualmente apartado del poder por Stalin y su grupo. La tesis de Trotsky sobre la «Revolución permanente» fue anatematizada por Stalin. A la muerte de Lenin, fue apartado definitivamente del poder, se le expulsó del Partido en 1927 y exiliado en 1929. Se estableció al principio en Francia. Luego fue a Méjico, donde fue asesinado en 1940 por un individuo que en la obra de Weiss aparece con el nombre de Frank Jacson, que fue conocido también como Jacques Mornard, pero cuyo verdadero nombre era el de Ramón Mercader, de nacionalidad española. Mercader pasó unos años en prisión en Méjico. Al terminar su condena se fue a la Unión Soviética, donde parece que aún está.

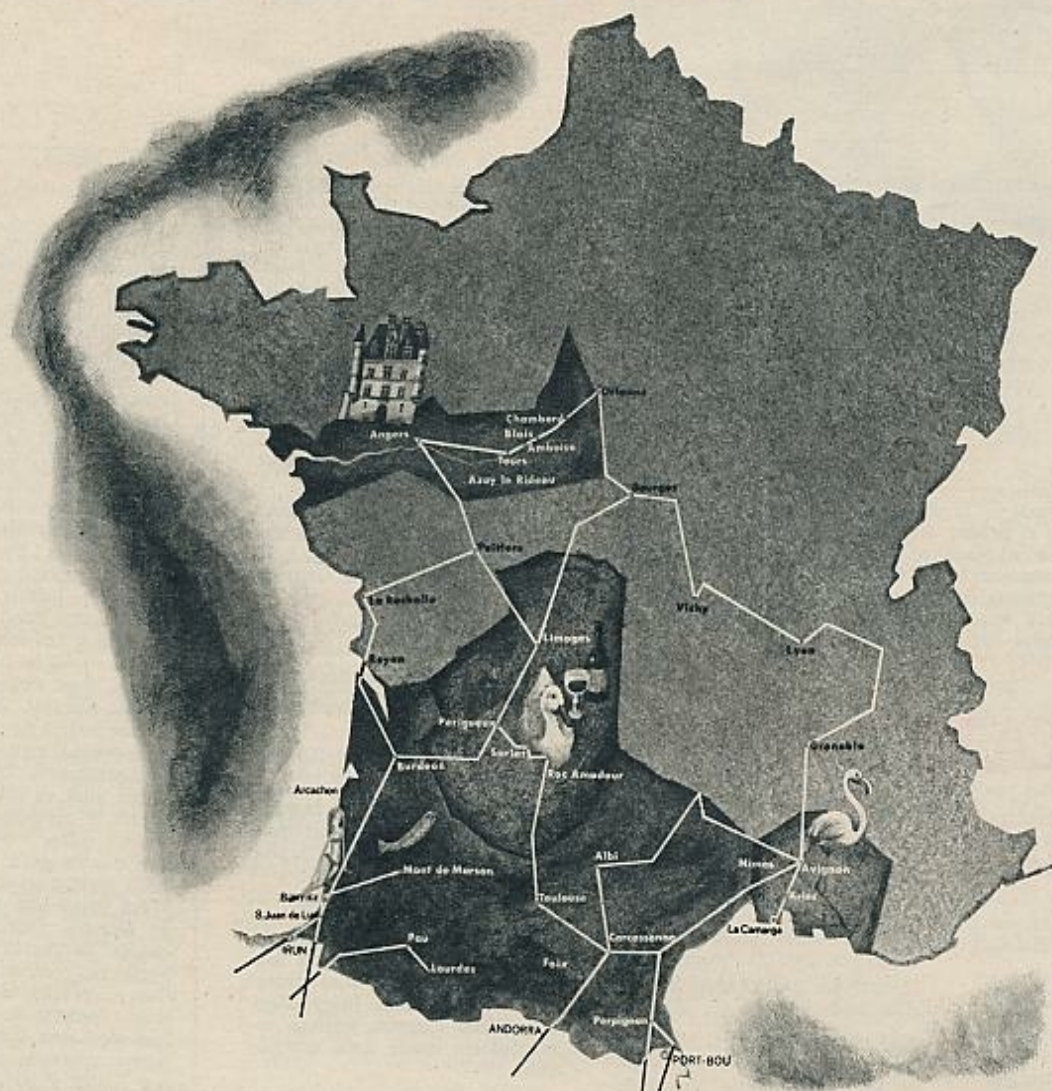
PETER WEISS

Hijo de un comerciante judío húngaro, nació en Nowawes (Berlín), en 1916. La familia emigró a la llegada del nazismo y estuvo en Inglaterra, Checoslovaquia y, finalmente, Suecia. La primera profesión de Peter Weiss en Estocolmo fue la de pintor (había estudiado en la Academia de Pintura de Praga). Dirigió algunas películas experimentales y escribió ensayos en idioma sueco. Después de la guerra comenzó a escribir en alemán. En 1960 publicó una novela breve, «La sombra del cuerpo del cochero»; posteriormente, «Adiós a los padres» y «Punto de fuga». En 1964 alcanzó la fama mundial con «La persecución y

asesinato de Jean-Paul Marat, representado por la compañía de actores del asilo de Charenton, dirigida por el Señor de Sade», conocida por «Marat-Sade». Se ha representado en España con gran éxito. Igualmente se ha proyectado aquí la película de Peter Brooks que es adaptación fidelísima de esa obra. En 1965 se estrenó simultáneamente en catorce teatros de Alemania (cuatro del Oeste y diez del Este) su obra «La Instrucción», teatro documental basado en el llamado «Proceso de Auschwitz». La publicación de «Diez puntos de trabajo de un autor en el mundo dividido» precisaba la posición política del autor.

Francia, verano 1970.

Millones de franceses que disfrutaron de la hospitalidad española le invitan ahora a su casa.



Este verano, venga a recoger los frutos de su hospitalidad. Descubra lo acogedora que es Francia.

Simplemente, monte en su coche, y procure apartarse de las rutas habituales de los turistas.

Dese por ejemplo una vuelta por Provenza, a dos pasos de la Costa Azul, donde el color del mar es igual de intenso y todo resulta amable - incluso los precios.

Visite en el interior el Perigord, y saboree los platos que han hecho famosos a los **bistrots** de París; pero aquí cocinados por sus creadores, y a precios de origen.

Vaya a la región fronteriza de la Costa Vasca y el Rosellón, donde todas las

tentaciones del mundo están a su alcance y el ambiente resulta gratamente familiar.

Siga hasta las Landas, cerca de Burdeos, donde después de catar algunos de los vinos mejores del mundo, dispone de cientos de kilómetros de pinos para oxigenar las ideas.

Pero si quiere saborear el genuino *esprit français*, suba hasta el Valle del Loira. Allí, entre sus 120 castillos, sus paisajes verdes y sus entrañables hospederías, usted comprenderá hasta qué punto los franceses aman la vida.

Este verano, practique una política de buena vecindad. Ceda las playas españolas a los franceses. Y venga a descubrir lo hospitalaria que también sabe ser Francia.



Solicite mayor información a su Agencia de Viajes o envíe este cupón a las Oficinas de Turismo Francés, Avda. José Antonio, 59, Madrid - 13. Avda. José Antonio, 656, Barcelona - 10.

D.
Calle.
Localidad. Provincia.

Déca información sobre la región:

- | | | | |
|------------------------------------|--------------------------|-----------------|--------------------------|
| Aquitania - Costa Vasca - Pirineos | <input type="checkbox"/> | Provenza | <input type="checkbox"/> |
| Languedoc - Rosellón | <input type="checkbox"/> | Valle del Loira | <input type="checkbox"/> |
| Quercy - Limousin - Perigord | <input type="checkbox"/> | | <input type="checkbox"/> |

(señale con una cruz la región deseada)

En Francia, una habitación para dos personas con desayuno incluido en un confortable hotel (2-3 estrellas) cuesta desde 260 hasta 1.200 pesetas.

Una buena comida con tres platos, vino, postre y todo el queso que usted quiera, desde 125 pesetas.

Consejo para bien comer en Francia: no pida la carta; los menús, marcados con su precio, incluyen las mejores especialidades del establecimiento.

TROTSKY POR PETER WEISS

tra su cuarto desde diversos ángulos.

POLICIA 1.—He contado setenta y tres impactos en la pared.

T.—Al principio pensé que habíais vuelto a armar otro de esos fuegos artificiales mejicanos.

S.—No comprendo cómo puede usted estar tan tranquilo. El atentado sólo era posible con la ayuda de personas que viven cerca de usted.

Se lleva a un lado a TROTSKY.

S.—¿Tiene alguna sospecha? ¿Sus empleados domésticos?

T.—Esos tienen toda nuestra confianza.

S.—¿Sus secretarías?

T.—Son absolutamente de fiar.

S.—Tendremos que interrogarlas.

T.—Protestaría del modo más enérgico, si lo hace.

S.—¡Tantos atacantes! Ametralladoras. Bombas incendiarias. Y nadie resultó herido. ¡Extraordinario! ¿Quién cree usted que fue el autor del atentado?

TROTSKY rie.

T.—Se lo diré. El autor fue la GPU.

Entran un par de policías de una patrulla motorizada.

POLICIA 2.—Hemos cogido uno de los coches en que huyeron. Hemos atrapado a un par de hombres. Han dicho que el jefe es Siqueiros.

T.—¿Siqueiros, el pintor?

P. 2.—David Alfaro Siqueiros. El grupo que ha reunido está compuesto por combatientes de España y mineros.

ALFRED ROSMER.—¡Siqueiros! Ya en España combatió a los trotskistas.

T.—Un ataque de tanta envergadura, tan cuidadosamente preparado y tan ridículamente fracasado.

POLICIA 3.—Dicen que sólo querían asustar a Trotsky.

A. R.—A tiro limpio. Se han hecho más de trescientos disparos.

T.—La Internacional Comunista se ha vuelto a poner en ridículo a sí misma.

JOSEPH HANSEN.—Tenemos que acorazar la puerta y las ventanas. Construir una torre de vigilancia más alta, instalar un sistema de alarma más eficaz.

F. J.—La próxima vez utilizarán otros métodos.

J. H.—¿Qué métodos?

JACSON se encoge de hombros. SALAZAR y los policías se van.

T.—Jacson, eche usted un vistazo a los conejos, han debido de recibir un buen susto.

JACSON y SYLVIA AGELOFF hacen mutis.

J. H.—No me fio de ese Jacson. Cuando estuvo últimamente en Nueva York no visitó nuestro cuartel general.

T.—Tienes que ser amable con él. Para atraerle más a nuestra causa. Siempre hemos de partir del hecho de que la gente puede ser cambiada.

NATALIA SEDOVA.—¿A qué se dedica, en realidad?

T.—Es intermediario en la venta de diamantes para cortar, de Bélgica a Méjico.

J. H.—No debes permitir que nadie se quede a solas contigo.

T.—No podemos desconfiar de todo el mundo.

J. H.—Todos los visitantes deben ser registrados.

T.—Yo no puedo adoptar esas costumbres americanas. Debemos dejar pasar a nuestros amigos sin reservas.

J. H.—El enemigo puede hacerse pasar por un amigo tuyo.

T.—Entonces, no podré escapar de ninguna manera. No puedo encerrarme. No puedo trabajar oculto. Imposible esta constante autodefensa. En ella la vida pierde su sentido. Estamos viviendo en todo un castillo medieval. Estos pesados portones. Estos muros. Como en mi primera prisión en Jerson.

Entre tanto, HAROLD ROBINS ha puesto orden encima de la mesa con extraordinario esmero. ROBINS y NATALIA SEDOVA hacen mutis.

Aparecen DIEGO RIVERA y ANDRE BRETON.

DIEGO RIVERA.—Siqueiros. Héroe de la guerra civil española. Dirigente de los mineros mejicanos. ¿Cuál era su intención con el atentado? ¿Querían demostrar la unidad del arte y la revolución? ¿O sólo buscaba distinguirse ante el Partido?

T.—En el fondo, Diego, Siqueiros sigue mi tesis de que la Unión Soviética debe ser defendida en toda circunstancia. Todos nosotros sabemos que el pacto soviético con los fascistas alemanes sólo sirve para ganar tiempo. Más tarde o más temprano tendrá que llegarse al choque. Nada debe hacer peligrar el rumbo en esta difícil situación. Siqueiros y todos los comunistas fieles al Partido ven en mí al mayor enemigo. El mero hecho de mi existencia hace que la actual dirección se intranquille. Siqueiros quiere liquidar-

me en cumplimiento de una alta misión.

D. R.—Así que los procesos han conseguido su finalidad. Las monstruosas calumnias contra ti, aunque las refutamos en todos sus detalles, te han marcado de una vez para siempre.

T.—Diego, imagínate que se dijese que Rivera es un agente secreto del catolicismo, que sus grandes frescos, en los que fustigó a la Iglesia y a las clases explotadoras, los pintó exclusivamente con el fin de camuflar sus verdaderas ideas. ¿Quién creería en semejante afirmación, a la larga? ¿Acaso podrías proclamar con tanta pasión las ideas de la revolución internacional, pese a todas las amenazas que se ciernen sobre ti, si fueras un reaccionario en el fondo?

ANDRE BRETON.—También eso lo creería la gente. Hemos entrado en la época de las delirantes deformaciones y falsificaciones. El poderío de la deformación es tan total que el individuo ya no puede luchar contra ella. Los acusados en Moscú no gritaron: «¡Es mentira, todo lo que hemos dicho es mentira!». La prensa mundial estaba congregada. Una palabra hubiera bastado para que el monstruoso producto de la fantasía se viniera abajo. Pero ellos estaban ya atrapados en el engaño. Admitieron la demostración del absurdo. Para que todos nosotros pudiéramos lanzarnos al suicidio colectivo.

T.—Breton, cuando los acontecimientos ya no parecen inteligibles, justo entonces debe entrar en juego nuestra razón. Sólo disponemos de estas armas. Si decimos que las matanzas, que el abandono del propio «yo» son inconcebibles, entonces nos colocamos del lado del verdugo. Podemos descubrir las razones del proceder de los Inmolados. Debemos hacerlo. La Unión Soviética se fosilizará si no se arroja luz sobre esta época.

A. B.—¿Por qué consintió usted que le fuera arrebatada toda dignidad? ¿Por qué ellos, los constructores del socialismo, se dejaron a sí mismos hundir tan hondo en el fango? Eran los mejores. La generación entera de los revolucionarios. Todos ellos grandes comunistas. ¿No pusieron así de manifiesto la bancarrota de su ideología?

J. H.—Los sentenciados siguieron siendo hasta el fin convencidos comunistas. Su solidaridad con el Partido fue inquebrantable, incluso cuando la línea de éste les parecía equivocada. Su vida entera estuvo al servicio del Partido. Puede admitirse como un hecho el que siempre consideraron su deber someterse a la decisión de la mayoría y encargarse de aquello que se les pedía.

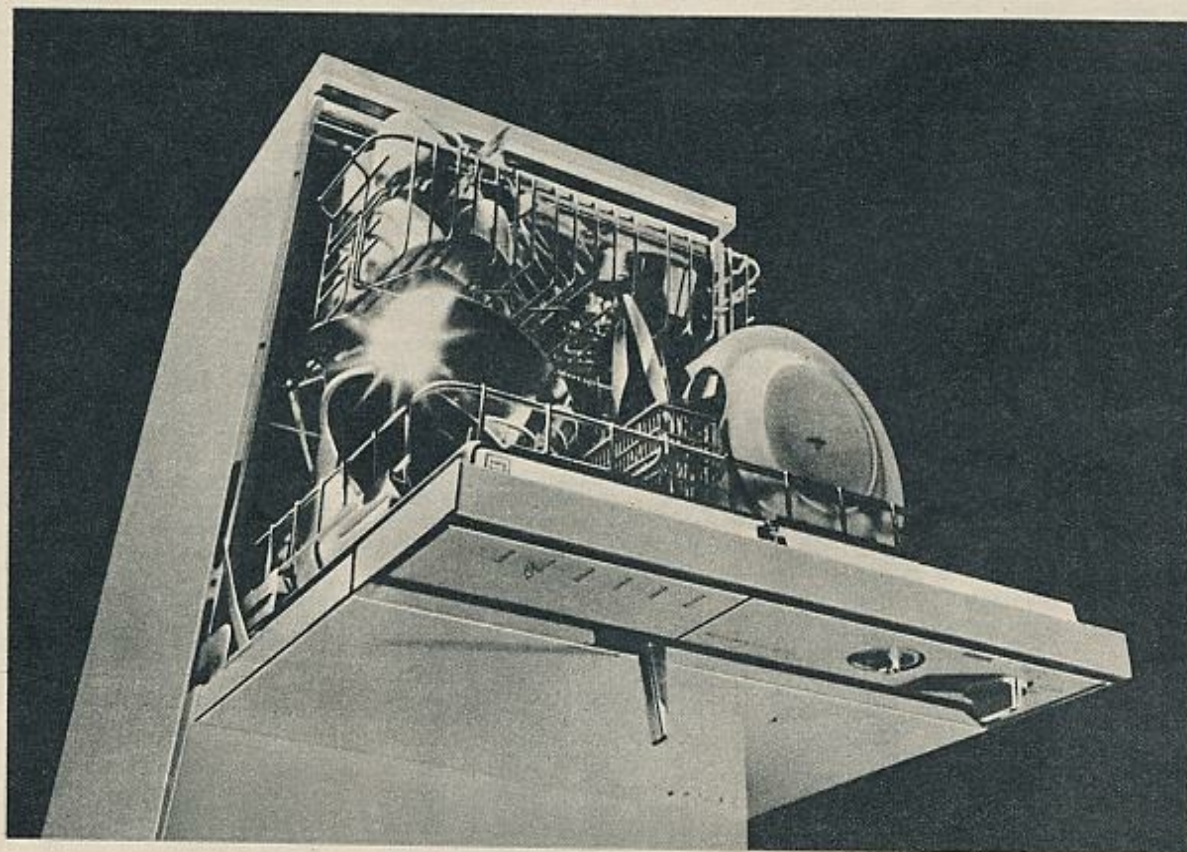
OTROS PERSONAJES

SIQUEIROS.—Fue dos veces secretario general del P. C. mejicano. Con Orozco y Rivera (fallecidos ya) formaba el gran trío de fresquistas mejicanos. En 1910 participó en la revolución mejicana; tenía entonces catorce años. Su adhesión al P. C. es de 1924, después de haber fundado el sindicato de artistas, pintores y escultores de Méjico. Detenido más de setenta veces. Exiliado en Estados Unidos, general de división en la guerra civil española. Regresó a Méjico y fue condenado a ocho años de prisión en 1960, pero puesto en libertad en 1964 como consecuencia de una gran campaña mundial. En 1966 inauguró en el museo de Chapultepec la pintura mural más grande del mundo: 340 metros cuadrados dedicados a la revolución de 1910.

RIVERA.—Nació en 1887 y su carrera política y artística fue emparejada a la de Siqueiros, con quien fundó el Sindicato, pero, más tarde, Siqueiros le acusó de trotskista y se separó de él. Los frescos de Rivera están inspirados en la civilización azteca y contra la colonización española, principalmente los que decoran los muros del palacio de los virreyes. Además de en Méjico, hay frescos de Rivera en la URSS y en los Estados Unidos, principalmente. Acogió en su casa a Trotsky. La casa se convirtió en una fortaleza, a pesar de lo cual no se pudieron evitar los atentados de Siqueiros y el asesinato final. Tras la muerte de Trotsky, Diego Rivera se convirtió al estalinismo. Se dijo que esta conversión se debía al temor de ser asesinado como su viejo amigo.

ANDRE BRETON.—Uno de los fundadores del surrealismo. Nació en Francia en 1896. Creador, con Tristan Tzara, del movimiento «Dada», del que saldría el surrealismo. En el «segundo manifiesto del surrealismo» (1930), Breton consideraba que «el surrealismo está al servicio de la revolución», pero se negaba a la toma de posición política. Esto ocasionó que se separasen de él Aragón y Eluard, adheridos ya al partido comunista francés. Mantuvo una polémica con Camus, acusándole de «querer poner una medida a toda revuelta». Su estancia en Méjico (y en Estados Unidos) se sitúa entre 1941 y 1946. Murió en 1966.

el lavavajillas Miele es el de más venta en Europa



Lavavajillas Mod. G-50

¿por qué?

Muy sencillo. MIELE construye aparatos domésticos, siempre de acuerdo con las técnicas más modernas para un máximo rendimiento y con la terminación más esmerada.

Esta es la razón por la cual el nombre de MIELE es sinónimo de calidad insuperable. También la razón por la cual se está dispuesto a pagar el precio que corresponde a su perfección técnica.

MIELE no construye máquinas muy baratas sino muy buenas

Miele

A la vanguardia de la industria alemana

TROTSKY POR PETER WEISS

A. B.—Eso es misticismo religioso. La unión con el cuerpo de Dios. El abandono de la propia capacidad de juicio. Es como en la Inquisición. Las víctimas reconocen que el castigo es bueno para ellas.

J. H.—Estoy en desacuerdo con André Breton si quiere decir que no eran conscientes de la falsedad. Hay camaradas que se explican esas falsas declaraciones y confesiones inventadas del siguiente modo: los prisioneros veían que la derrota del proletariado alemán e italiano era total. Habían perdido la fe en toda ayuda revolucionaria desde el exterior. A un lado, Alemania; al otro lado, el Japón. La guerra, inevitable. Incluso los más aborrecibles dirigentes del Partido debían ser apoyados. Era preferible el poder ilimitado del tirano a la inseguridad, al derrotismo ante el ataque fascista. Se hicieron a sí mismos cabeza de turco de todos los errores de cálculo y fracasos en la industria y la agricultura. Albergaban la esperanza de dar al pueblo un nuevo impulso, dado que las supuestas alimañas habían sido eliminadas.

A. B.—Para mí, esa no es una explicación racional, sino más bien el informe clínico de un psiquiatra. En semejante autodegradación me es imposible ver una acción política con sentido. En todo ello se confirma tan sólo la definitiva ruptura entre un mundo abstracto y despersonalizado y los más elementales derechos humanos. En la medida en que el centralizado y omnipotente Partido sometía a sus ciudadanos a nuevas disposiciones forzosas en vez de librarles al fin de ellas, anulaba la idea que había sido punto de partida para los revolucionarios. El proceso se refleja también en el campo del arte. Total destrucción del pensamiento autónomo. Aniquilación de todo proceder revolucionario. Yo oí la espantosa confesión de culpabilidad de Eisenstein. Estaba de rodillas e imploraba perdón. Quería desechar los últimos restos de su individualismo anarquista y, con la ayuda del Partido, encontrar la concepción correcta.

D. R.—Meyerhold e Isaac Babel y muchos otros no se humillaron. Cuando funcionarios idiotizados y de espíritu mezquino le quitan el trabajo al mejor director de teatro, al mejor escritor del país, ¿qué razón podía quedarles para seguir viviendo?

A. R.—A menudo nos hemos preguntado quiénes fueron más valientes, si los que se expusieron a las acusaciones del tribunal o los que no quisieron firmar declaración alguna. Los que prefirieron dejarse pegar un tiro en los sánatos y ser sacados a rastro por la puerta trasera.

A. B.—Junto a todas las exigencias de lealtad al Partido existe una exigencia más elevada: la exigencia de la verdad. Es este callar este autoengaño lo que convierte al marxismo en una tumba. Nada puede impedirnos ver el hecho de que los luchadores de la Revolución de Octubre se dejaron aniquilar porque estorbaban al tirano.

J. H.—Breton, usted pasa por alto las evidentes circunstancias de fondo. Pero lo cierto es que junto a los esfuerzos de los detenidos por sostener el Partido hubo experiencias de cuyo horror no nos podemos hacer una idea. Todos ellos, sin excepción, fueron sometidos a grandes torturas durante meses; a veces, a lo largo de todo un año. Sus esposas e hijos fueron tomados como rehenes. Según la ley, la sentencia de muerte podía extenderse hasta los niños de doce años. Ellos creyeron que con una confesión salvaban a los suyos. No olvide esa desesperación que condicionó a sus declaraciones.

A. B.—Sin embargo, hicieron un daño al socialismo que jamás podrá ser reparado. ¿Qué es lo que querían? Pretendían una distensión, una humanización de la política. Pretendían una mayor democratización. Y entonces van y se presentan a sí mismos como unos traidores y desertores que no querían otra cosa que la reimplantación del orden social capitalista, a cuyo derrocamiento habían dedicado su vida. ¡Todo el Buró Político de Lenin, una banda de estafadores y bribones! ¡Qué escarnio para el movimiento obrero!

T.—Le concedo, Breton, que el pueblo ruso fue engañado, tanto por los asesinos como por los asesinados del Partido. Que el actual Gobierno ruso, mediante este engaño a su propio pueblo, ha demostrado su incapacidad para ser el unificador del proletariado mundial. Que el orden social que tenía como finalidad poner término a la lucha del hombre contra el hombre, se convirtió a sí mismo en un sistema dirigidísimo contra el hombre. Sin embargo, no estoy de acuerdo con usted cuando dice que el socialismo no podrá recuperarse de este gigantesco «shock» histórico. Lo que ha pasado no prueba la falsedad del socialismo, sino la fragilidad, la inexperiencia de nuestras acciones revolucionarias. No nos fue dado exterminar la flaqueza, la cobardía, la vileza humanas. También a mí se me reprocha que me dejara expulsar, que no me defendiera cuando me llevaron a Alma Alta, que no preferiera caer en la lucha antes de ser enviado al extranjero. Pero si yo me hubiera dejado matar, ello hubiera sido el fin de la opo-



sición internacional. Mire usted, el intento en la Unión Soviética tiene poco más de dos decenios. La revolución en China sigue adelante. En Indochina se fortalece, según llega a mis oídos, el movimiento de liberación. En Latinoamérica aumentan los disturbios. Los trabajadores europeos aprenderán de nuevo cuál es su misión gracias a la guerra. También el Estado soviético puede llegar a ser otra vez modelo para la lucha revolucionaria si busca de nuevo el internacionalismo, si se atreve a enfrentarse con las aberraciones, las traiciones del pasado y las arranca de raíz. Frente al socialismo se alza todavía el otro orden. El orden de la bajeza absoluta, de la codicia absoluta, del egoísmo absoluto. Este orden es inmutable. Por su esencia, sólo puede convertirse en más rapaz aún, en más destructivo. En cambio, el socialismo, pese a los crímenes que en su nombre se han cometido, es transformable, puede ser renovado, corregido.

D. R.—Has vivido lo bastante para ver cómo todos aquellos que querían librarse de la estrangulación del pensamiento, de la estrechez, de la uniformidad, eran aplastados y triturados. Has tenido que ver cómo todos tus compañeros se hundían en el pantano del más grande atraso. ¡Y, sin embargo, conservas tu optimismo!

T.—No puedo abandonar la fe en la razón humana, en la solidaridad humana. Desde mi juventud, esta fe, por el contrario, se ha hecho más firme. Mi experiencia de lo trágico no ha sido nunca la de una vivencia mía personal. Mi vida ha estado indisolublemente unida a las etapas de la Revolución. Los fracasos y

desilusiones no pueden impedirme ver, detrás de la actual decadencia, el ascenso de todos los oprimidos. Esto no es ninguna profecía utópica. Es la serena previsión del materialismo dialéctico. Jamás he perdido la confianza en la fuerza revolucionaria de las masas. Sin embargo, debemos prepararnos para una larga guerra. Años, si no decenios de revoluciones, guerras civiles, nuevas revoluciones y guerras. Y aunque pudiera parecer, bajo el terror y las mentiras de los poderosos, que la lucha de clases desfallece momentáneamente, luego vendrán nuevas generaciones. Estudiantes. Como a principios de siglo. Pero esta vez en un movimiento de gran envergadura. Desde las Universidades de todos los continentes. Ellos no permitirán que la Revolución sea estrangulada. Ellos se harán cargo de la lucha y la llevarán adelante. Ellos aprenderán a encontrar un lenguaje común con los obreros avanzados. La victoria sobre el capital mundial sólo será posible cuando un partido revolucionario vuelva a estar a la cabeza del proletariado. Si la muerte me sorprendiera hoy, podría decir: he trabajado por la ininterrumpida lucha de liberación de los explotados y colonizados. Por la necesidad del más amplio desarrollo de la cultura y de la ciencia. Por un arte que, sin cortapisas, dé expresión al afán de renovación del Hombre. Por el fomento de la tecnología, la cual, si un día logra utilizar la energía del átomo, facilitará nuestra existencia. Todo ha estado dominado en mí por la lucha en favor del internacionalismo. Sólo éste puede terminar definitivamente con la guerra y la explotación.